

Cuentos & Cuentistas

El Heptamerón: Érase una vez una reina...

Érase una vez una reina de Francia a quien le gustaban mucho los cuentos. Como dominaba el italiano, leyó y releyó el *Decamerón* de Bocaccio (1313-1375), escrito dos siglos antes; y como admiraba tanto al escritor florentino, lo hizo traducir al francés para que todos le conocieran en la corte. Esta reina se llamaba Margarita de Navarra, había nacido el año del descubrimiento de América, y por viudez era duquesa de Alençon. Originaria de Angoulême, Margarita era hija del rey Enrique II de Francia y hermana de tres reyes de ese país, en una época de grandes turbulencias bélicas y religiosas. Su marido fue Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, invadida en esos tiempos. Este rey repudió a Margarita para hacer un nuevo matrimonio, de mayor conveniencia política.



Pero a Margarita de Navarra eso no le importó demasiado; le interesaban mucho más los cuentos. Se la calificaba de docta entre las doctas, en pleno auge del Renacimiento, nada menos. Experta en ciencia cristiana, se oculta el hecho de que era partidaria de los hugonotes, protestantes de la corriente francesa. Margarita cultivaba además la amistad de intelectuales de gran peso, como Montaigne y Rabelais... Su afán por escuchar y leer cuentos evolucionó en algún momento al interés por escribirlos. Y es así como se propuso redactar su propio *Decamerón*, un proyecto que contemplaba la escritura de diez relatos contados por diez personas durante diez días. Todo esto a la *manera* de Bocaccio, donde los relatores se juntan en un lugar apartado. Margarita escogió Canterets, en la zona de los Pirineos, y el pretexto fue una gran crecida de ríos que aísla a los personajes en un monasterio. La entretención que elijen es contarse cuentos unos a otros.

La reina escritora se lanzó a la tarea, poniendo allí todo lo que sabía acerca del comportamiento del mundillo cortesano en materias políticas, religiosas, sexuales y morales. No alcanzó a escribir los cien relatos de rigor sino que llegó sólo a 72, el último de los cuales se titula: “Continuo arrepentimiento de una religiosa por haber perdido su virginidad de la manera más tonta”. Aparece la propia reina Margarita como personaje, recomendando a una monja, seducida maliciosamente por un cura mientras amortajaban un cadáver, que no fuera a ver al Papa a Roma, porque éste, por muy representante de Dios que fuera, no le iba a poder devolver su virginidad. Es su actitud propia: coraje para arrancar las caretas en cruda denuncia de una sociedad corrupta, abobada por la religión. Aunque también audacia para relatar asuntos de su vida privada.

El libro tuvo diversas vicisitudes tras la muerte de la reina en 1549, con ediciones espurias y censuradas, buscando ocultar la posible identificación de personajes y eliminando lo que se podía considerar escabroso. Con el resultado, según algunos estudiosos, que quedaran aún peor. Finalmente el libro fue publicado en 1559 en una edición más completa (aunque no exenta de intervenciones ajenas, que han sido posteriormente eliminadas), con un nuevo título, no puesto por la autora: *El Heptamerón: Cuentos de la Reina de Navarra*.

Una testigo de la época narra que la reina, muy ocupada en asuntos de estado, escribió sus cuentos mientras viajaba, recostada en su litera, con su propia mano y primorosa letra. El libro es efectivamente vívido y grato de leer, ya que transmite una fuerte sensación de realidad. Se sabe que la reina puso allí mucho de lo que conocía de experiencia o de oídas, acerca de los cortesanos y cortesanas, de modo que hay un importante ingrediente histórico en sus relatos. Estudiosos y estudiosas se han dedicado a identificar personajes en clave, llegando incluso a ver en algunos ellos al propio marido y otros parientes del círculo real. La reina escritora ha sido materia de interés por parte de los círculos feministas, por la férrea voluntad de hacer de la literatura su actividad principal, superando impedimentos y anatemas. Se revela crítica y severa con ciertas actitudes hipócritas o licenciosas, en particular de parte de los religiosos, con los cuales es implacable, especialmente los franciscanos. Su fuerte es el humor más feroz, nadie escapa de su prosa burlona.

Se ha mencionado que algunos cuentos no son originales, pero sabemos que se trataba de un práctica común por aquellos tiempos. Sin embargo, en la mayor parte de los casos Margarita se basó en sus vivencias. Todo ello obnubilado por un velo soportable para la época, naturalmente, con frecuentes interpolaciones de comentarios edificantes para no ofender demasiado a las jerarquías. Sin embargo, nos queda un testimonio precioso acerca de la forma en que se conversaba e intrigaba en las cortes europeas del siglo XVI. En palabras de la reina: "... la hipocresía, sea hacia Dios, sea hacia los hombres o la naturaleza, es la causa de todos los males que tenemos".

La corte de la reina Margarita destacó como un brillante foco de cultura, protegiendo a destacados intelectuales de la persecución religiosa. *Navarre shall be the wonder of the world* ("Navarra será la admiración del mundo") escribió Shakespeare por la época. Como dato curioso, cabe destacar que *El Heptamerón* fue traducido al inglés por Arthur Machen (maestro del relato de horror) en 1886, un trabajo de encargo. La traducción del francés al español que consulto apareció en la "Colección de Autores Regocijados", M. Aguilar Editor, Madrid, circa 1923. La vida de Margarita de Navarra inspiró la célebre novela *La Reina Margot* (1845), de Alexandre Dumas.

Margarita de Navarra fue una de las más destacadas renovadoras del relato corto durante el Renacimiento, una de las primeras en dar un importante espacio al propio narrador en sus contenidos, y una de las que con más ahínco le dotó de la impronta rebelde e inconformista que ha producido buena parte de lo mejor del género. Como en otras ocasiones, recomiendo a los lectores esta notable página web: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/fran/navarra/mn.htm> de la cual se pueden bajar algunos de los mejores cuentos del *Heptamerón*, de títulos tan hilarantes como: "Astucia de una mujer que hizo escapar a su amante en el momento en que su marido, que era tuerto, pensaba sorprenderlos" (CUENTO VI), "Sutil medio de que se valió un gran príncipe para disfrutar de la mujer de un abogado de París" (CUENTO XXV) y "Abominación de un sacerdote que preñó a su hermana, y del castigo que le dieron" (CUENTO XXXIII).

Uno de mis preferidos es el CUENTO XI, que se titula "Párrafos jocosos con que un padre franciscano componía sus sermones". He aquí una muestra del arte oratorio del curita: "Señoras:

he de daros las más expresivas gracias por la liberalidad con que os habéis portado con nuestro pobre convento; pero no puedo menos de significaros que no habéis considerado bien nuestras necesidades, puesto que la mayor parte de las cosas que nos habéis dado son morcillas, y nosotros no carecemos, por cierto, de las mismas, puesto que, a Dios gracias, nuestro convento está sobrado de ellas. ¿Qué haremos, por tanto, para remediar esta falta? ¿No lo sabéis, señoras? Pues yo creo que si quisierais mezclar vuestros jamones con nuestras morcillas haríais una buena obra”. Ese mismo fraile solía preguntar a las damas si sabían lo que era comer carne cruda por la noche, según relata Margarita de Navarra. El CUENTO LXX lleva este título un tanto exorbitante: “La incontinencia furiosa de una duquesa fue la causa de su muerte y la de de dos perfectos amantes”. *O tempora! O mores!*

